



Universidad
Nacional
de Rosario

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

“La función del jugar en la clínica psicoanalítica del autismo infantil”

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Camila Castagna

Legajo: C-5885/8

DNI: 39822376

Docente responsable: Camila Simonit

2025

Agradecimientos

A mi familia, a mis padres, por sostener siempre con una fe que me impulsó.

A mis abuelos, mi nona y mi nono, por ese amor que nunca dejó de empujarme hacia adelante.

A mi gran compañero de vida, por su paciencia y presencia incondicional. Y a Oreo, por su compañía silenciosa que tantas veces alivió mis días.

A mis amistades, de siempre y de la facultad, gracias por ser sostén y raíz. Sus huellas me acompañan, y me alegra seguir creciendo juntas, ahora como colegas.

A Violeta, mi analista, por ofrecerme un espacio donde pude desarmarme, comprenderme y encontrar la claridad necesaria para cerrar esta etapa.

A Camila Simonit y Sebastián Roma, tutores de este trabajo, por guiarme con paciencia, empujar mi escritura y acompañarme con confianza desde el inicio.

A la Universidad Nacional de Rosario, a la Facultad de Psicología y al Centro Universitario de Marcos Juárez, por abrirme las puertas a una formación que me transformó. De estas instituciones aprendí paciencia, responsabilidad y perseverancia, aprendizajes que exceden lo estrictamente académico.

Índice

1. Resumen.....	2
2. Introducción.....	3
3. Desarrollo.....	5
3.1. El juego infantil en psicoanálisis.....	5
3.2. El Autismo desde una lectura psicoanalítica.....	6
3.3. La intervención del analista a través del juego en la clínica del Autismo infantil.....	9
3.3.1. El lugar del cuerpo en la intervención analítica.....	11
4. Consideraciones finales.....	15
5. Referencias bibliográficas.....	13

Resumen

El presente Trabajo Integrador Final, correspondiente a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, propone abordar la función del jugar como intervención en la práctica psicoanalítica con niños con autismo, siendo este último pertinente para el campo psicológico y de actualidad. A través de la convocatoria de diversos autores, se desarrolla un recorrido que examina las complejidades y problemáticas que surgen en el desarrollo de la etapa infantil, particularmente en el autismo infantil. El juego, concebido como formación psíquica central de la infancia, ocupa un lugar central en el ensayo, delimitando conceptualmente su significado y la función desde diferentes perspectivas del Psicoanálisis. Este recorrido permite reconocer que el juego, lejos de constituir una técnica, se revela como un acto que abre un espacio singular para cada niño con autismo. La propuesta de este trabajo radica en considerar la función del jugar como un puente entre el cuerpo y el lenguaje, subrayando que el analista acompaña ese pasaje sin imponer un ideal de desarrollo. En síntesis, se establecen conexiones entre el juego y el autismo, al tiempo que se analizan las implicancias clínicas y éticas de una práctica psicoanalítica que privilegia la subjetividad más allá del diagnóstico o déficit en la clínica del autismo infantil.

Palabras claves: autismo, juego, intervención

Introducción

Este escrito se propone indagar, desde el psicoanálisis, el modo en que el juego y la función del jugar pueden operar como intervención en la práctica clínica con niños con autismo. En este marco, se busca abrir interrogantes a partir de la lectura de autores tanto clásicos como contemporáneos.

De esta manera, se formula una pregunta que guiará la escritura: ¿Cómo pensar la intervención del analista a través del juego en la clínica del autismo infantil? Para ello, será necesario precisar sobre las categorías de análisis juego y autismo, y articular sus conceptos.

El autismo constituye un tema de relevancia y actualidad para el ámbito psicológico, configurándose como un campo complejo atravesado por múltiples discursos que proponen dar cuenta de su etiología y las posibilidades de tratamiento.

Álvarez Bayón (2020) sostiene que el psicoanálisis considera al autismo como una posición subjetiva. De esta manera, sin negar el aspecto constitucional y psicobiológico, esta perspectiva subraya el factor psicológico e interrelacional con el medio familiar y el entorno social.

Los objetivos de este ensayo se orientan en mostrar la importancia del juego en el desarrollo infantil y destacar sus características como recurso terapéutico. En este sentido, es escrito se organiza en tres apartados que permiten un recorrido progresivo.

En el primer apartado *El juego infantil en psicoanálisis*, se aborda el juego como formación psíquica central de la infancia. El jugar cumple una función esencial, ya que posibilita el alojamiento del malestar y de la angustia de los niños. En este sentido Freud (1920) sostiene que, frente a vivencias dolorosas, el niño las reproduce en el juego dominando activamente la situación.

Asimismo, se retoman los aportes de Winnicott (2006), quien plantea que el juego es lo natural para un niño, y resulta terapéutico en sí mismo, y de Rodolfo (2024), quien señala que el niño puede extraer significantes de los padres y, a través del juego, estructurarse subjetivamente y construir activamente su cuerpo.

En el segundo apartado *El autismo desde una lectura psicoanalítica* se desarrolla una delimitación conceptual del autismo, situándolo como una posición subjetiva. Se retoman autores psicoanalíticos que interrogan las particularidades de este cuadro en relación con el lenguaje, el lazo social y las modalidades de tratamiento, destacando la perspectiva que comprende el autismo más allá de una mera patología considerándolo en su singularidad.

En el tercer apartado *La intervención del analista a través del juego en la clínica del autismo infantil* se articulan los desarrollos previos para pensar el jugar como un puente entre

el cuerpo y el lenguaje, subrayando que el analista acompaña ese pasaje sin imponer un ideal de desarrollo. Se examina el juego como dispositivo que posibilita el lazo transferencial, la apertura de significantes y la creación de un espacio subjetivo en una clínica donde la constitución del lazo y la palabra se encuentran comprometidas. A su vez, se profundiza en el lugar del cuerpo como vía privilegiada de intervención, poniendo el acento en cómo las primeras inscripciones corporales abren un campo de lectura y de trabajo en la clínica del autismo infantil.

La premisa que sostiene este trabajo es que el jugar ofrece innumerables beneficios para la salud mental, pudiéndose pensar como una intervención, es decir, un recurso del analista en la dirección de la cura del autismo infantil, generando un lazo transferencial y la apertura de nuevos significantes y discursos para trabajar. En el campo del autismo infantil, donde la posibilidad de generar el lazo y la palabra se ve dificultada, la intervención analítica se vuelve fundamental para propiciar un espacio que favorezca el desarrollo de procesos relacionales, comunicativos y simbólicos (Álvarez Bayón, 2020).

Finalmente, al articular las categorías de juego y autismo, este trabajo busca aportar conocimiento relevante para estudiantes y profesionales de la salud mental, especialmente para quienes se desempeñan en el campo del autismo infantil, con el propósito de ampliar saberes y abrir horizontes en la praxis psicoanalítica con niños con autismo. Las conclusiones se presentan orientadas a profundizar el conocimiento sobre este campo y su relación con la clínica psicoanalítica, dejando abiertas nuevas preguntas e interpelaciones.

Desarrollo

3.1. El juego infantil en el psicoanálisis

Desde la perspectiva psicoanalítica, el juego es concebido como una vía privilegiada para el procesamiento del psiquismo infantil. Lejos de ser una actividad meramente recreativa, constituye un proceso fundamental que permite al niño elaborar, tramitar y resignificar su propia historia y las experiencias que lo atraviesan.

A través del jugar, el sujeto infantil no solo descarga tensiones, sino que introduce elementos de su mundo interno en un espacio que posibilita la simbolización, inaugurando así una forma singular de apropiación de la realidad.

Freud (1920) en su obra *Más allá del principio del placer* ofrece una de las primeras elaboraciones teóricas sobre el juego infantil, a partir de la observación de un niño de un año y medio. Allí describe el célebre juego del carretel, conocido como Fort-Da, en el cual el niño, ante la ausencia de su madre, arrojaba un carretel fuera de su campo visual pronunciando un significativo "Fort" (se fue), para luego atraerlo nuevamente hacia sí, celebrando su reaparición con un jubiloso "Da" (aquí está).

Este acto aparentemente simple despliega una operación simbólica, el niño representa mediante la acción lúdica, la partida de la madre y su retorno, transformando una vivencia de separación inicialmente displacentera en una experiencia que puede ser representada y elaborada.

La reflexión freudiana se detiene especialmente en el placer que el niño obtenía al repetir la escena de la partida, incluso más que en la alegría por el reencuentro. Tal como señala "El acto de arrojar el objeto para que <se vaya> acaso era la satisfacción de un impulso, sofocado por el niño en su conducta, a vengarse de la madre por su partida." (Freud, 1920, p. 15).

De este modo, la pasividad del vivenciar se convierte en una actividad lúdica, y lo que inicialmente era fuente de displacer puede devenir en experiencia placentera. El niño, que frente a la ausencia materna se hallaba en una posición pasiva, logra en el juego asumir un papel activo, apropiándose de la escena y elaborando la pérdida.

En palabras de Levin (2011):

Freud, al captar en el juego de su nieto, el *Fort-Da* reiterado, elabora las coordenadas significantes y pulsionales que hacen posible el juego. En el lugar mismo de la ausencia materna, ahí donde juega la pérdida, el niño pudo elaborar la ausencia. Ahí nació el juego, la instancia lúdica. (p.91)

Estas observaciones permiten pensar el juego no solo como una actividad de entretenimiento, sino como una experiencia constitutiva que habilita al niño a inscribir y reinscribir las marcas de su historia. En el juego, los niños se apropian de los significantes primordiales que darán forma a su relato subjetivo; de modo que, como señala Bruner (2012), “si no hay juego, no hay historia, ni infancia” (p. 17).

Continuando con los aportes sobre el juego, Winnicot (2006) plantea que es a partir de esta actividad lúdica que se puede desarrollar la capacidad creadora, la libertad de crear, de tomar objetos del mundo exterior para utilizarlos de un modo que es propio de cada sujeto.

Los niños al jugar, construyen sus propias experiencias, edificando una etapa central, como lo es la infancia. “El juego es por sí mismo una terapia. Conseguir que los chicos jueguen es ya una psicoterapia de aplicación inmediata y universal” (Winnicot, 2006, p.75).

Para este autor, el juego constituye un espacio potencial que surge del vínculo inicial madre-hijo, un territorio transicional que no puede situarse solo dentro ni fuera del sujeto, sino en la experiencia compartida del jugar. En este sentido, el juego ofrece al niño un lugar de encuentro entre su realidad interior, miedos, deseos y necesidades y el mundo externo, facilitando la integración de ambos y un manejo creativo de las tensiones que surgen es ese proceso (Winnicott, 2006).

En el contexto del autismo infantil, donde la generación de lazos y el acceso a la palabra se encuentran frecuentemente dificultados, el jugar adquiere un valor aún mayor, al ofrecer un espacio seguro de encuentro y simbolización favoreciendo la creación de un lazo transferencial y la apertura de nuevos significantes sobre los cuales trabajar (Tustin, 1994; Mahler, 2002).

En el marco de la primera tópica freudiana, el juego infantil puede entenderse como un modo de tramitación y apropiación de significantes, así como una vía de acceso al plano simbólico (Freud, 1920).

Más que una mera actividad recreativa, constituye una experiencia constitutiva de la subjetividad, un espacio donde el niño puede transformar la realidad, apropiarse de las pérdidas y dar forma a su propia historia (Winnicott, 2006).

En definitiva, considerar el juego como experiencia fundante de la subjetividad habilita a pensarlo como un recurso ineludible en la clínica con niños, en especial allí donde la palabra y el lazo se encuentran obstaculizados.

3.2. El Autismo desde una lectura psicoanalítica

Habiendo analizado la función constitutiva del juego en el desarrollo infantil, resulta pertinente examinar cómo estas dinámicas se encuentran afectadas y potenciadas en la clínica del autismo infantil.

Desde su reconocimiento como entidad psicopatológica diferenciada, el autismo infantil ha suscitado un amplio campo de discusión. Se lo considera un trastorno del desarrollo que incide de manera significativa en la capacidad de establecer lazos sociales y en la adquisición del lenguaje, manifestándose frecuentemente mediante intereses restringidos y conductas estereotipadas (Frith, 2004).

Desde la perspectiva psicoanalítica, el autismo infantil no se reduce a un déficit orgánico, sino que se aborda como una posición subjetiva frente al Otro, caracterizada por un modo singular de relación con el campo del lenguaje y del deseo. Esta mirada desplaza el foco de una comprensión puramente deficitario-médica hacia una lectura en la que el autismo se inscribe en la trama de los primeros lazos y de las experiencias que fundan la subjetividad.

En esta dirección, Fernández Miranda (2021) subraya que el lugar en el que un niño adviene está marcado por la manera en que el fantasma del adulto se actualiza en condiciones históricas singulares. El autor sostiene:

El lugar al que un hijo adviene está contorneado no tanto por el fantasma infantil del adulto como por los modos contingentes en que este fantasma se actualiza y asume una configuración única a partir de las condiciones históricas en que el niño es concebido y alojado. Este lugar, que preexiste a la llegada del hijo, va luego tomando forma y cristalizándose en la trama histórica que acontece con ese hijo singular, esa trama ritmada por continuidades y rupturas, persistencias y puntos de inflexión, repeticiones y contingencias, cristalizaciones y accidentes. Entonces, el autismo de un niño no está inscripto de antemano, como una fatalidad ineluctable, en el psiquismo materno. Una dominancia autística va cristalizando paulatinamente en el seno de esa trama histórica sobre la cual es posible intervenir psicoanalíticamente (...) Por eso son tan importantes las intervenciones psicoanalíticas con niños muy pequeños. En mi experiencia, las intervenciones tempranas tienen la potencia para evitar que cristalice una dominancia autística en niños cuyo derrotero parece ir conduciéndolos en ese sentido. (Fernández Miranda, 2021, pp 40-41)

En este marco, Margaret Mahler (2002) propone que en el autismo infantil puede producirse una fijación en las fases tempranas de desarrollo, lo que obstaculiza la construcción de vínculos mediadores por el lenguaje y dificulta el ingreso pleno en la interacción simbólica. Tal fijación se expresa en comportamientos como la retirada social, la escasa comunicación afectiva o la dificultad para integrarse en la relación con el Otro.

Desde esta perspectiva, el autismo se manifestaría como una respuesta defensiva frente a un ambiente percibido como frustrante, donde el niño recurre a estrategias para proteger su integridad psíquica.

Por su parte, Frances Tustin (1994) introduce los conceptos de barreras autistas y objetos autistas, nociones que enriquecen la comprensión de estas defensas tempranas. Estas barreras se manifiestan en conductas repetitivas, fijación en objetos específicos, movimientos estereotipados o retraimiento sensorial, y operan como dispositivos protectores que aíslan al niño de un entorno vivido como caótico o doloroso.

Los llamados objetos autistas, en cambio, cumplen una función de sostén y resguardo, ofreciendo una sensación de continuidad que modula el contacto con el mundo y con el Otro. A través de estos recursos, el niño logra sostener un equilibrio ante experiencias que podrían resultar intrusivas o desorganizadoras.

De este modo, el niño logra mantener un equilibrio psíquico frente a experiencias que podrían resultar intrusivas o desorganizadoras, comprendiendo el autismo no simplemente como un déficit, sino como un conjunto de estrategias defensivas tempranas

Tanto Mahler como Tustin coinciden en destacar la centralidad de las primeras experiencias corporales y del sostén materno en la constitución del yo. Ambas autoras sitúan el origen de la posición autista en las fases iniciales del desarrollo psíquico, allí donde el cuerpo, el afecto y la presencia del Otro fundan las bases de la subjetividad.

En esta línea, Annoni (2011) plantea que, en el autismo, el proceso de constitución subjetiva se ve obstaculizado porque las huellas iniciales que el lenguaje debería dejar en el cuerpo no logran instalarse con la fuerza necesaria, dejando al niño en una experiencia de realidad indiferenciada, en un momento previo a las operaciones que, según Lacan, posibilitan la estructuración del sujeto.

En conjunto, estas conceptualizaciones permiten ampliar la comprensión del autismo más allá de un cuadro deficitario, reconociéndolo como una modalidad particular de habitar el lazo social. Desde esta perspectiva, las defensas tempranas configuran modos singulares de simbolización y de encuentro con el lenguaje. Asimismo, subrayan la relevancia de la intervención psicoanalítica centrada en la subjetividad del niño.

La complejidad de estas configuraciones exige, entonces, pensar dispositivos clínicos que atiendan a las condiciones mismas de posibilidad de la simbolización; entre ellos, el juego se presenta como un recurso privilegiado para el despliegue subjetivo, eje que será desarrollado en el apartado siguiente.

3.3. La intervención del analista a través del juego en la clínica del Autismo infantil

A partir de la comprensión de la función constitutiva del juego y de las particularidades del autismo desde una perspectiva psicoanalítica, resulta necesario interrogar cómo puede el analista intervenir, a través del jugar, en la clínica con niños con autismo.

Desde la perspectiva lacaniana, y en particular a partir de lo expuesto por Lacan (1958) en *La dirección de la cura y los principios de su poder*, la intervención del analista no se orienta a modificar conductas ni a producir aprendizajes adaptativos, sino a dirigir la cura. Este concepto, que apunta a posibilitar que el niño construya significantes propios, y habilite la palabra y la simbolización, ofrece un marco fundamental para pensar la clínica con niños con autismo.

En este sentido, el juego constituye un espacio privilegiado de simbolización donde el niño puede elaborar afectos y experiencias. El analista, siguiendo la dirección de la cura lacaniana, orienta la experiencia lúdica sin sustituirla, ni introducir sentidos predeterminados, sino que ofrece condiciones para que los significantes del sujeto puedan desplegarse.

Así, tal como plantea Winnicott (2006), el jugar constituye un espacio transicional que emerge en la relación con Otro y que hace posible tanto el encuentro como la simbolización. En el autismo, donde la presencia del Otro puede vivirse como intrusiva o indiferenciada, este espacio resulta particularmente relevante.

Desde esta perspectiva, la intervención del analista cobra un valor fundamental, es su presencia la que sostiene ese espacio y habilita nuevas formas de comunicación. Más que un recurso terapéutico, el juego se vuelve un dispositivo clínico que permite al niño abrir vías simbólicas, inscribir algo de su historia y desplegar un modo singular de subjetivación, allí donde el lazo y la palabra se encuentran comprometidos.

En el trabajo clínico con niños con autismo, la intervención del analista implica una presencia simbólica que permita leer los signos del deseo más allá del lenguaje verbal, muchas veces manifestado de manera indirecta. En este sentido, Lacan (1958) señala:

Puesto que se trata de captar el deseo, y puesto que sólo puede captárselo en la letra, puesto que son las redes de la letra las que determinan, sobredeterminan su lugar de pájaro celeste, ¿cómo no exigir al pajarero que sea en primer lugar un letrado? (p.621)

Esta formulación subraya que la intervención del analista se sostiene ante todo en su posición y en su capacidad de lectura de lo simbólico, más que en acciones directas. En la clínica del autismo, esto implica una escucha capaz de captar repeticiones, silencios o gestos que, lejos de ser elementos aislados, pueden constituirse en vías de emergencia de aquello que aún no logra decirse o que no ha sido articulado en la cadena significativa.

En esta línea, Yankelevich (2011) advierte que en el autismo puede haber lenguaje sin que haya palabra, entendida como enunciado dirigido al Otro. Allí donde aún no hay palabra, el juego opera como un puente posible, un territorio transicional en el que pueden inscribirse las primeras marcas de un lazo significativo.

De manera complementaria, Rodulfo (2024) destaca que el niño, mediante el juego, realiza una operación activa con los significantes que extrae de sus figuras parentales, construyendo subjetividad y cuerpo. En el autismo infantil, esta operación se encuentra comprometida, por lo que la intervención del analista apunta a propiciar una escena lúdica donde sea posible alojar el malestar y abrir una vía hacia la simbolización.

La participación del analista en esta escena lúdica implica también una consideración particular del cuerpo. No se trata de intervenir desde el cuerpo real, mediante contacto o manipulación, sino de ofrecer un cuerpo simbólicamente disponible, un ritmo, una postura, una presencia que pueda funcionar como superficie de inscripción. En el autismo, donde el cuerpo del niño puede presentarse hiperestimulado o poco enlazado al Otro, la modulación de la presencia del analista adquiere valor clínico decisivo.

Asimismo, Campodónico et al. (2022) subrayan que “los analistas que consienten al trabajo con sujetos que presentan autismo lo hacen con un deseo decidido, dispuestos a transformar sus encuadres tradicionales y sus hábitos clínicos, y a inventar nuevas modalidades de abordaje que permitan alojar la singularidad” (p.24). Esta disposición clínica resulta fundamental para sostener una intervención que respete el modo particular en que cada niño se vincula con su cuerpo, con los objetos y con el Otro.

De este modo, el juego no sólo abre una vía hacia la simbolización, sino que permite abordar dimensiones que anteceden a la palabra, tensiones corporales, modos de regulación, experiencias sensoriales. El psicoanálisis entiende que el cuerpo es siempre un cuerpo atravesado por la lengua, pero en el autismo ese atravesamiento puede no haberse producido plenamente.

La intervención lúdica del analista, aún sin palabras, puede ofrecer una escena donde el niño encuentre un soporte para alojar sensaciones que antes irrumpían sin tramitación. Por ello, el juego se articula necesariamente con la dimensión corporal, cada gesto, pausa o movimiento del analista participa de la construcción de un espacio donde el cuerpo del niño comience a inscribirse simbólicamente. Este punto introduce el eje que se desarrollará a continuación.

3.3.1. El lugar del cuerpo en la intervención analítica

En la clínica psicoanalítica del autismo infantil, el cuerpo adquiere un lugar central, no sólo como soporte biológico, sino como superficie de inscripción donde se anudan las primeras marcas del lenguaje y del lazo con el Otro. Los aportes de Levin (2011), Annoni (2011) y Rodulfo (2024) permiten situar el modo en que el analista interviene a partir del cuerpo, especialmente en aquellos niños en quienes el ingreso al campo del significante se encuentra comprometido.

Levin (2011) sostiene que el cuerpo es, desde el inicio, un cuerpo atravesado por la lengua, un cuerpo que habla antes de que el niño pueda articular palabras. En esta perspectiva, el lenguaje deja huellas en el cuerpo y organiza su modo de habitar el mundo. El autor plantea que el cuerpo infantil se constituye en el entrecruzamiento de las experiencias corporales tempranas y la presencia significativa del Otro. Cuando este entrecruzamiento falla o se debilita, como puede suceder en el autismo, el niño queda expuesto a sensaciones no tramitadas, a experiencias corporales sin anudamiento simbólico, que pueden traducirse en retraimiento, movimientos estereotipados o conductas de autoestimulación. De este modo, el cuerpo aparece como superficie donde se manifiestan las dificultades del lazo y la simbolización, pero también como un punto posible de entrada para la intervención analítica.

En esta línea, Annoni (2011) señala que en el autismo las primeras marcas del lenguaje no se inscriben con la fuerza necesaria en el cuerpo, lo que deja al niño en una experiencia de realidad indiferenciada, anterior a las operaciones que permiten constituir un yo. El cuerpo, entonces, no está aún investido por el significante, y las sensaciones quedan poco diferenciadas, sin lograr articularse en un registro simbólico ni enlazarse a un Otro que otorgue lugar y sentido. Para la autora, esta falta de inscripción temprana compromete no sólo la constitución psíquica, sino también la posibilidad de establecer un lazo que soporte la emergencia del juego. Por ello, la intervención analítica debe considerar que en el autismo el cuerpo del niño presenta un modo particular de anudamiento, que requiere de un trabajo clínico

orientado a construir las condiciones para que ese entramado simbólico pueda comenzar a desplegarse.

Desde otra perspectiva complementaria, Rodolfo (2024) subraya que el niño construye su cuerpo en relación con los significantes parentales y que el juego constituye una de las operaciones fundamentales a través de las cuales esta construcción se realiza. En el jugar, el niño no sólo manipula objetos, crea escenas, produce diferencias, transforma su experiencia corporal y subjetiva. Sin embargo, en el autismo esta operatoria se encuentra frecuentemente comprometida. Allí el analista puede intervenir creando un espacio en el que algo del cuerpo pueda ponerse en movimiento, no solo en el sentido de una estimulación motriz, sino como un modo de alojar las sensaciones del niño y permitir un pasaje hacia la simbolización. El cuerpo del analista también participa en esta escena, su presencia, su ritmo, su disponibilidad y su modo de ofrecer objetos o gestos pueden funcionar como soportes transicionales que inviten al niño a una experiencia compartida.

En este sentido, la intervención analítica se orienta a ofrecer un encuadre que permita que el cuerpo del niño encuentre un lugar donde alojarse, diferenciarse y comenzar a articularse con el lenguaje. Esto no implica orientar las acciones hacia la corrección de conductas, sino sostener una presencia capaz de leer los movimientos, las repeticiones y los silencios como posibles vías de entrada al lazo. Allí donde el niño no habla, su cuerpo dice; y es en esa lectura donde el analista funda su acto.

De este modo, el cuerpo se presenta como un eje clínico indispensable, lugar de manifestación de las defensas tempranas, terreno donde se expresan las dificultades de simbolización y, al mismo tiempo, superficie sobre la cual la intervención analítica puede operar para abrir la posibilidad de un lazo. A través del juego, entendido como acto y no como técnica, el analista ofrece al niño un espacio donde el cuerpo pueda transformarse, inscribirse y comenzar a anudar significantes.

En este proceso, la presencia del analista no es sólo un acompañamiento, sino una condición que posibilita que algo del sujeto advenga en la escena clínica. Fernández Miranda (2021) profundiza esta dimensión al describir con claridad la particular modalidad de presencia que requiere el inicio del trabajo clínico con un niño a dominancia autística:

¿Por qué ofrecerse en los primeros encuentros con un niño autista casi como un objeto inanimado, absolutamente predecible, sin movimientos inesperados, sorprendidos, disruptivos, pero al mismo tiempo como un otro lo suficientemente vivo como para ofrecer un gesto humano y humanizante (una palabra suave, una mirada, una sonrisa)

cada vez que el niño busca, de modo sutil, el contacto con el analista? Por un lado, entonces, un objeto casi inmutable, casi inanimado; por otro lado, una presencia viva. Pienso que en los comienzos del análisis de un niño a dominancia autística, la modalidad de la presencia del analista está enteramente modulada por los sutiles gestos del cuerpo, de la mirada y de la voz del niño; se trata, pienso, de presentarse ante el niño con un mínimo de alteridad, es esto lo que nos permite ingresar en el universo del niño porque de ese modo logramos escamotear -en cierto sentido- la paradoja que embarga el lazo del niño a dominancia autística con el otro, donde la ausencia del otro es soledad y abandono, y su presencia es intrusión. En síntesis: considero que esta posición del analista en los comienzos del análisis con un niño a dominancia autística mitiga en mucho el carácter traumático de la confrontación con la alteridad. (Fernández Mirada, 2021, p.70)

En definitiva, las distintas perspectivas coinciden en señalar que el cuerpo es un punto de entrada privilegiado en la clínica del autismo, un espacio desde el cual el analista puede propiciar los primeros anudamientos subjetivos. La dirección clínica planteada por Fernández Mirada orienta esta lectura y abre paso a los desarrollos que serán articulados en las reflexiones finales.

Consideraciones finales

Pensar la clínica del autismo desde el psicoanálisis me llevó a descubrir que, más que intentar comprender al niño desde categorías preconcebidas, se trata de adoptar una posición de apertura a aquello que él mismo enseña. Cada encuentro en el juego, cada silencio, gesto o movimientos corporales constituyen una marca que orienta la lectura clínica, efectos que invitan a una escucha que no busca interpretar de manera apresurada, sino alojar lo que allí se produce.

El jugar se presenta como un espacio de existencia, un territorio transicional donde algo del sujeto puede advenir, incluso cuando el lazo con el Otro se encuentra dificultado. En este recorrido, se vuelve evidente que el cuerpo participa activamente en ese proceso, allí donde la palabra aún no se inscribe, el cuerpo puede oficiar como primera vía de expresión, sostén y encuentro. Y el juego habilita la invención singular y permite que el niño delimite su modo propio de entrar en relación, tanto en el plano simbólico como en la materialidad de su experiencia corporal.

Este trabajo me condujo a sostener una posición que no reduzca al sujeto a su diagnóstico, sino que lo considere en su singularidad, en su modo propio de habitar el mundo, el cuerpo y los vínculos. Por ello, opté por referirme a niños con autismo, evitando modos de nominación que fijen su identidad a un rasgo o estructura. Esta elección no es únicamente lingüística, es una toma de posición ética.

Como futura profesional, este proceso me reafirma que cada encuentro clínico es una apuesta, un acto que se renueva cada vez. El juego, pensado como acto, permite acompañar, escuchar y abrir un espacio donde un decir pueda emerger.

Al finalizar este trabajo, se afirma una certeza y se abren múltiples interrogantes. La certeza de que el psicoanálisis ofrece una vía posible, respetuosa y profundamente humana para acompañar a los niños con autismo. Los interrogantes que permanecen invitan a pensar qué posibilidades abre el juego en contextos donde el lenguaje verbal no alcanza, y también a interrogar cómo puede la presencia del analista acompañar sin invadir, habilitar sin imponer, leer en el cuerpo aquello que aún no encuentra la forma de hacerse palabra.

Es precisamente en ese punto donde retorna la pregunta que orientó este ensayo. El jugar constituye la vía por la cual la intervención analítica puede abrir una escena donde algo del sujeto advenga.

Estas preguntas no exigen respuestas definitivas. Más bien señalan que la clínica, al igual que el juego, se configura como un espacio de apertura, donde lo nuevo pueda advenir sin quedar forzado a una lógica de corrección. En ese intervalo entre el cuerpo y la palabra,

entre el silencio y la mirada, el analista y el niño construyen juntos una escena posible. Y en ese gesto, pequeño pero decisivo, se juega siempre algo del surgimiento del sujeto.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Bayón, P. (2020) *El autismo, entre la lengua y la letra*. Olivos: Grama Ediciones.
- Annoni, G. (2011) *Autismo infantil: Una clínica desde el psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.
- Bruner, N. (2012) *El juego en los límites. El psicoanálisis en la clínica de problemas en el desarrollo infantil*. Buenos Aires: Eudeba
- Campodónico, N., Romé, M., & Corredera, M. (2022). *Abordajes del autismo desde la perspectiva del psicoanálisis: Una revisión sistemática. Perspectivas Metodológicas*. <https://doi.org/10.18294/pm.2022.4067>
- Fernández Miranda, J. (2021). Una vuelta en torno al autismo en psicoanálisis. Bs.As: Letra Viva
- Freud, S. (1920) *Más allá del principio de placer*. En Obras Completas, Bs. As.: Amorrortu editores. Tomo XVIII.
- Frith, U. (2004). *Autismo: Hacia una explicación del enigma*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lacan, J. (1958). *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Escritos. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1972). *Seminario XX: Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Levin, E. (2011). *La clínica psicomotriz. El cuerpo en el lenguaje*. Buenos Aires, Argentina: Nueva visión.
- Mahler, M., Pine, F., & Bergman, A. (2002). *El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*. México: Enlace Editorial.
- Peusner, P. (2015). *Huir para adelante. El deseo del analista que no retrocede ante los niños*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Rodulfo, R. (2024). *El niño y el significante: Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*. Buenos Aires: Paidós.
- Tustin, F. (1994). *Autismo y psicosis infantiles*. Barcelona: Paidós.
- (1996). *Estados autísticos en los niños*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Winnicott, D. (2006) *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Yankelevich, H. (2011). *Ensayos sobre autismo y psicosis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.